



Demos gracias a Dios por un siervo bueno y fiel

D. Rafael Palmero Ramos, obispo emérito de nuestra Diócesis, ha fallecido en la Casa Sacerdotal de Alicante este pasado lunes, día 8 de marzo



D. Jesús, nuestro Obispo, nos informaba con estas palabras:

«Queridos diocesanos: Os comunico con dolor, pero también con una profunda esperanza, que nuestro querido obispo emérito D. Rafael, después

de una dolorosa enfermedad, ha fallecido esta madrugada en nuestra Casa Sacerdotal. Se ha dirigido a la Casa del Padre con una vida de entrega total hasta el final a Jesucristo, Nuestro Se-

ñor. En estos momentos os pido oraciones por su eterno descanso, y también acciones de gracias a Dios porque, a través de su ministerio, el Señor ha enriquecido a nuestra Iglesia que camina

en Orihuela-Alicante con abundantes frutos de santidad y apostolado. Dios, Uno y Trino, le conceda el premio de los que han sido fieles.»



MONS. JESÚS MURGUI



Homilía en la Misa Exequial por Mons. Rafael Palmero Ramos

Alicante, 10 de marzo de 2021. Concatedral de San Nicolás

D. Rafael entendió su vida como ofrenda, como Eucaristía

Escribe: D. Jesús Murgui Soriano, Obispo de Orihuela-Alicante



Con nuestra presencia en esta Eucaristía, en la que ejercitamos el piadoso deber de orar por el eterno descanso de nuestro querido hermano y obispo D. Rafael, manifestamos nuestra cercanía y afecto a sus familiares, y a cuantos se sienten afectados por su muerte, tanto aquí en nuestra diócesis de Orihuela-Alicante, como en otros lugares donde ejerció su ministerio, especialmente en las diócesis hermanas de Astorga, Toledo y Palencia; igualmente manifestamos con nuestra muy variada presencia, a pesar de estar limitados por las circunstancias de la pandemia, hasta que punto D. Rafael ha sido y seguirá siendo parte verdaderamente entrañable de nuestra historia como

familia diocesana, de la que ha sido padre y pastor y que, como tal, ha sido acompañado y cuidado en su Casa Sacerdotal, y ha sido asistido, especialmente en estos últimos meses por la oración y el afecto de cuantos hemos estado concedores de su última enfermedad.

Ofrecemos, desde la fe en la resurrección, nuestras oraciones y el sacrificio eucarístico por nuestro hermano, que ha sido llamado por el Padre en el marco excepcional de estos días de Cuaresma, en los que nos resulta normal contemplar el amor del Señor –su compasión y su bondad–, en ese crescendo que nos va llevando a la Cruz, a su Pascua en la que nos ha mostrado su amor.

Días, también, en los que nos resulta ordinario implorar, desde nuestra realidad y nuestra conciencia de pecadores, su misericordia.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos ha reafirmado en la seguridad de su amor, del que nada nos puede apartar –como nos ha recordado San Pablo–; y nos ha reafirmado en la confianza en El, mil veces rezada en el salmo 22: «El Señor es mi pastor, nada me puede faltar» –oración que ha acompañado los momentos de soledad, angustia y tránsito a la otra vida de millones de creyentes. Palabra que, finalmente en el Evangelio, nos ha traído el verbo luminoso de quien es el fundamento de nuestra fe, Cristo Jesús, quien se llama a sí mismo y es «la resurrección y la vida». Pongamos en manos de quien es la vida a nuestro hermano Rafael; pongamos, ante quien es compasivo y misericordioso, nuestra súplica por él. En su amor confiamos, amor que tiene su máxima y perenne expresión y realización en la Eucaristía que celebramos.

En este contexto eucarístico tiene plena significación nuestra acción de gracias al Padre, fuente y origen de todo bien, por el grande y luminoso ejemplo que se desprende del itinerario ministerial de nuestro hermano D. Rafael. Un itinerario que se inicia al ser llamado por el Señor al sacerdocio y ver forjada su vocación en el Seminario Conciliar de Astorga. De allí pasará a proseguir sus estudios en Roma, y allí, en su querida Astorga, será ordenado sacerdote y ejercerá la docencia en el Seminario Mayor, que conciliará con el servicio parroquial y su tarea de Delegado Episcopal de Cáritas Diocesana.

Posteriormente su vida quedará muy unida a la figura de D. Marcelo González Martín, tanto en su ministerio como arzobispo de Barcelona en el que le ayudó como secretario particular, como, sobre todo, en Toledo, donde será durante quince

años su Vicario General y, posteriormente durante nueve su Obispo Auxiliar en la Sede primada. Por ello es explicable que en su alocución al término de la Misa de su ordenación episcopal, definiera a D. Marcelo, Cardenal Primado, como «padre y maestro, hermano mayor y amigo, pregonero incansable, como Pablo, de Cristo Jesús, pastor amante de su pueblo, modelo de dedicación y entrega».

El Santo Padre le nombró obispo de Palencia el 9 de enero de 1996, donde llevó a buen puerto proyectos ya en marcha y realizó otros nuevos como la restauración de la Catedral y la reforma del Seminario Mayor y del Obispado, siendo significativas sus Cartas de Adviento para orientar los cursos pastorales y sus 10 peregrinaciones con jóvenes a la Trapa «Tras las huellas del Hermano Rafael», de quien fue gran admirador y devoto; como de San Manuel González, santo obispo antecesor suyo en la sede palentina, que le iluminó en su piedad eucarística y en el gesto que hoy vamos a realizar aquí, terminada la Santa Misa, al depositar los restos mortales de D. Rafael a los pies del sagrario en la preciosa Capilla de la Comunión de esta Concatedral, tal como también San Manuel González quiso para sí mismo.

Y es en noviembre de 2005 cuando el papa Benedicto XVI le nombra Obispo de nuestra diócesis. Podemos calificar como momentos significativos de su pontificado, las inauguraciones de la nueva sede del Obispado en Alicante (2007) y la del Museo Diocesano de Arte Sacro en Orihuela (febrero 2011), siguiendo la estela de su predecesor, Monseñor Victorio Oliver. Otros hitos, la apertura de las cinco Capillas de Adoración Perpetua, una por vicaría, la puesta en marcha de la residencia «Virgen del Remedio», la celebración del Primer Congreso Diocesano de Laicos, y la celebración del V Cen-

tenario de la Catedral de Orihuela. Muy implicado en la promoción de vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y al apostolado seglar, D. Rafael inició e impulsó distintos procesos de canonización y abrió las puertas de la Diócesis a movimientos nuevos y congregaciones diversas.

Muchas más cosas podríamos enumerar en su larga serie de obras y servicios, por no mencionar sus muchos libros y artículos sobre temas de índole teológica, social y pastoral; pues bien, de todo ello me permito destacar los sentimientos y actitudes con los que D. Rafael asumió y vivió su ministerio episcopal, muy a la luz de su gran referente, San Agustín, y con las que se situó en los momentos más importantes de su trayectoria ministerial. «Aquí estoy Señor, para hacer tu voluntad». Es decir, la vida ministerial entendida como ofrenda de sí mismo, como «sacrificio», tal y como destacó en sus palabras del día de su ordenación episcopal. Y esto «Cum ipso. Con Él», como reza su lema episcopal, tal y como quiso dejar impreso en el recordatorio de ese mismo día: «Si nos mantenemos unidos a Cristo (...) estamos seguros (...), porque en la unidad que formamos con Él en el Espíritu está la caridad, está la paz, está la salvación».

Y concluyo con palabras suyas; él terminó la homilía de su misa de acción de gracias, al finalizar su ministerio en nuestra diócesis, con una oración que mostró como una



confidencia de las frases con las que rezaba D. Marcelo, ya jubilado: «Oh, Jesús, Amado Jesús, Hijo de Dios, hermano de los hombres, Redentor de la humanidad. Estoy contento de haberte ofrecido mi vida porque tú me llamaste... Recíbela en tus manos como fruto de la humilde tierra, como si fuese un poco del pan y del vino de la Misa; y preséntala al Padre, para que Él la bendiga y la haga digna de habitar junto a tu infinita belleza, perdonando mis faltas y pecados, cantando eternamente tu ala-

banza, lleno mi ser del gozo inefable de tu Espíritu». Y añadió D. Rafael; «Seguiré repitiendo esta oración cada día, hasta que Dios quiera».

Así lo dejo, con estas palabras tuyas dirigidas a Señor. D. Rafael entendió su vida como ofrenda, como Eucaristía. Por ello pido a Dios, Nuestro Señor, que así sea acogida por Él, y que así quede para nosotros, iglesia diocesana, como referente de nuestro buen pastor, D. Rafael.

Lo pido por intercesión de quienes él, en vida, tanto amó: La Virgen, Santa María, para quien fue su última palabra ante su imagen del Remedio, y San José, de quien tanto habló y escribió, con los labios y el corazón. En sus manos intercesoras depositamos la ofrenda de su vida; «Cum ipso. Con Él». Gracias, D. Rafael. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
 Obispo de Orihuela-Alicante.



D. Rafael terminó la homilía de su misa de acción de gracias, al finalizar su ministerio en nuestra diócesis, con una oración que mostró como una confidencia de las frases con las que rezaba D. Marcelo, ya jubilado:

«Oh, Jesús, Amado Jesús, Hijo de Dios, hermano de los hombres, Redentor de la humanidad. Estoy contento de haberte ofrecido mi vida porque tú me llamaste... Recíbela en tus manos como fruto de la humilde tierra, como si fuese un poco del pan y del vino de la Misa; y preséntala al Padre, para que Él la bendiga y la haga digna de habitar junto a tu infinita belleza, perdonando mis faltas y pecados, cantando eternamente tu alabanza, lleno mi ser del gozo inefable de tu Espíritu». Y añadió D. Rafael; «Seguiré repitiendo esta oración cada día, hasta que Dios quiera»

Don Rafael, pastor bueno y sencillo

In memoriam

Mons. Rafael Palmero Ramos,
obispo emérito de Orihuela-Alicante

Escribe: Ramón Cano Montoya, pbro.



Don Rafael, y éste es el segundo trazo de este retrato, disfrutaba con las pequeñas cosas de la vida: leer un buen libro, pasear por el jardincillo de la residencia episcopal o por las calles de Alicante, visitar al sacerdote que está enfermo, rezar el rosario al mediodía, cuando atardece o ya de anochecida, contemplando un cielo que muchas veces se confunde con nuestras aguas mediterráneas.

Don Rafael no ha salido de un molde diferente al nuestro, aunque a veces pensemos que los obispos parecen estar hechos de otro material: más duros, incommovibles, casi impasibles, diríamos. Pero no. A él también le preocupaban las mismas cosas que a sus diocesanos: la falta de vocaciones, los sacerdotes que sufren por la enfermedad, la soledad o la muerte de un ser querido, las familias afectadas de lleno por la crisis de valores y la crisis económica, etc.

Por último, don Rafael valoraba mucho la amistad, que ha cultivado siempre con esmero. Un obispo muy cercano a él nos hizo la siguiente confidencia: «A poco que os fijéis, podréis daros cuenta de que don Rafael es más amigo de sus amigos que ellos en relación a él». Esto lo he podido comprobar en múltiples ocasiones en que se desvivía por complacer y prestar ayuda a cuantos han necesitado algo de él.

Muchas gracias, don Rafael, por su dedicación y entrega tan generosas a nuestra diócesis. Que Dios lo acoja en sus brazos y que pueda contemplar el rostro misericordioso de Aquella a quien con profundo cariño y devoción rezó en tantísimas ocasiones: la Virgen María, la Señora.

No es fácil resumir en pocas líneas más de cinco años como secretario de don Rafael Palmero, por lo que sólo pretendo esbozar con breves trazos algunos de los aspectos que permanecen en mi recuerdo y que se refieren a la vida cotidiana del que fue nuestro obispo desde 2006 hasta 2012. El primero de ellos, su actitud de acogida en torno a su mesa. Cuántas veces ha levantado el teléfono de su despacho para avisar a las encargadas de la cocina y decirles: «Vienen a comer fulanito y menganito; echad un poco más

de agua a la sopa y podremos comer todos juntos».

A don Rafael le gustaba la compañía y disfrutaba de un agradable rato de tertulia con sacerdotes, familiares y cualquier persona que viniera a visitarlo. Y muchas veces prefería escuchar a intervenir en la conversación (¿será que cuando era secretario de don Marcelo también le agradaba escuchar más que platicar en aquellas memorables sobremesas toledanas?).

«Muchas gracias, don Rafael, por su dedicación y entrega tan generosas a nuestra diócesis. Que Dios lo acoja en sus brazos y que pueda contemplar el rostro misericordioso de Aquella a quien con profundo cariño y devoción rezó en tantísimas ocasiones: la Virgen María, la Señora»



Cum ipso. Con Él

Escribe: Eloy Martín García, pbro.

In memoriam

Mons. Rafael Palmero Ramos,
obispo emérito de Orihuela-Alicante

Así reza el lema de su escudo episcopal. Y sin duda, este ha sido el ideal de toda su vida. Era muy niño cuando salió con la ropa puesta de la casa del Molino de su abuelo, junto al río Eria, en la verde vega de Morales del Rey, pequeño municipio de la castellana provincia de Zamora, para visitar el Seminario de Astorga, donde ya se quedó para siempre y desde donde emprendió su camino de respuesta a Jesucristo, su Señor, Aquel que desde antes de nacer le tenía reservada la misión de ser eslabón en la cadena de los sucesores de los apóstoles, pastor de su pueblo.

«Acordaos de vuestros guías, que os anunciaron la palabra de Dios; fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe» (Heb 13, 7). Hoy, al recordar de la vida de D. Rafael, me viene a la memoria como un caudal abundante, innumerables experiencias, anécdotas, palabras que hablan de toda una existencia entregada a la causa de Jesús y al servicio de su Iglesia. Sí, estos han sido sus dos grandes amores: Jesucristo y la Iglesia. Pasión que dejó grabada en su corazón quien fue como su padre y maestro, el cardenal D. Marcelo González Martín. Servir a Cristo y a la Iglesia. A ellos entregó todo su ser sin ahorrarse nada, olvidado de sí mismo y con fidelidad imperturbable. Consciente que esa era la misión que se le había encomendado y que daba sentido a todo su ser. Sin vacilaciones, estrategias, ni vuelta atrás; con decisión, como buen castellano que no entiende de rodeos sino de decir solo sí o no permaneciendo fiel hasta el final. Porque como a él le gustaba decir citando de memoria parte del diálogo entre Ignacio y Francisco Javier, de la obra de Pemán *El Divino impaciente*: «No hay virtud más eminente que el hacer sencillamente lo que tenemos que hacer».

Responder con generosidad a la llamada de Dios le llevó a descubrir muchos lugares donde la Iglesia le pidió que sirviera: Astorga, Roma, Barcelona, Toledo, Palencia, Orihuela-Alicante... En todos ellos entregó lo mejor de sí amando con celo de esposo a cada Iglesia que se le confiaba. Sin duda, los sacerdotes ocuparon un lugar especial en su corazón de obispo, por los que se preocupaba y visitaba en cuanto sabía de cualquier necesidad en la que pudiesen encontrarse. El Seminario... ¡Cómo soñaba con que el de nuestra Diócesis hubiese podido llegar a alcanzar la cifra de los casi mil seminaristas que tuvo como profesor en La Bañeza! Amaba la vida consagrada y con predilección a las contemplativas, por hacer con su oración palpar el corazón de la Iglesia; los enfermos, a los que dedicó muchos años de atención desde la Comisión de Pastoral de la Salud de la Conferencia Episcopal, promoviendo campañas de sensibilización para la mejora de su situación y servicio. En este ámbito recuerdo también con



qué intensidad vivía cada año las peregrinaciones diocesanas a Lourdes. Y los pobres. D. Rafael era incapaz de encontrarse con alguna persona necesitada por la calle ante quien no se detuviese con ternura y entablase diálogo ofreciéndole, además de palabras de ánimo y esperanza, todo lo que llevase en ese momento en sus bolsillos o, cuando no tenía, tomándolo prestado de los bolsillos del que le acompañara. Puede que muchos de los que estáis leyendo estas letras ignoréis que, en los días más señalados del año, así como el de Nochebuena, a D. Rafael le gustaba salir por la noche de incógnito a recorrer los bajos del Estadio Rico Pérez, la antigua estación de autobuses del centro de Alicante, las fábricas abandonadas de la periferia habitadas por inmigrantes o cajeros automáticos donde muchos sin techo pasan la noche, con quienes compartía un vaso de café o leche caliente, algunos dulces, mantas, alguna piadosa estampa, incluso los propios zapatos que acababan de regalarle.

D. Rafael fue un hombre de profunda fe y devoción a Jesús Eucaristía, conforme al estilo de su santo antecesor en la sede de Palencia, Manuel González, el obispo de los sagrarios; con quien ha compartido su último deseo: «Pido ser enterrado junto a un sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado!». Del amor a la Eucaristía, presencia real del Señor que vivifica la Iglesia, su empeño personal por colocar a Jesús en el centro, incluso geográfico, de la vida de la Iglesia Diocesana, inaugurando cinco

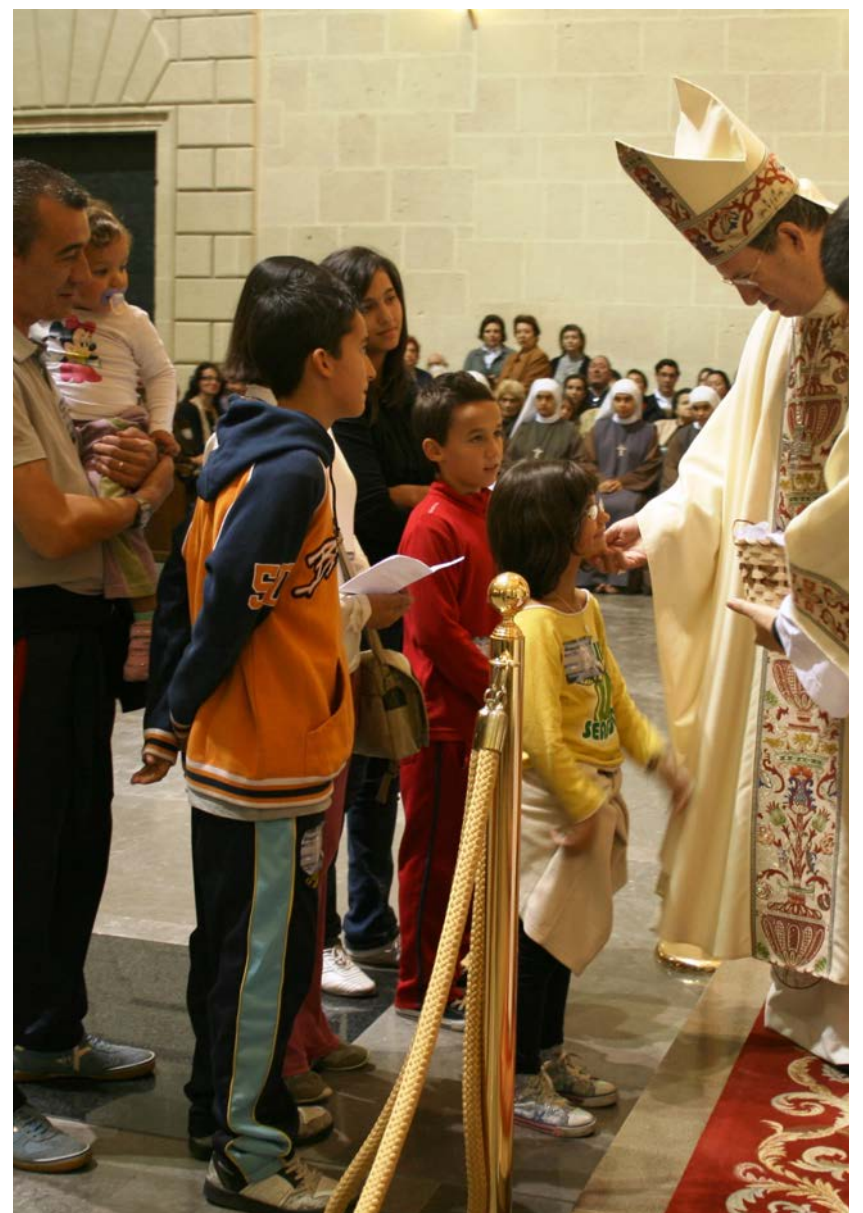
capillas de adoración perpetua en cada una de sus vicarías.

Sobresalió por su profunda devoción a la Virgen María, a quien diariamente se confiaba como hijo que sabe que su Madre nunca le ha de fallar. Con frecuencia recitaba las palabras de la Virgen de Guadalupe al indio San Juan Diego: «No se turbe tu corazón, a nada temas. ¿Acaso no estoy aquí yo, que soy tu madre?». Ni un solo día dejó de recitar no una, sino dos o tres, las veces que el tiempo le ofreciese la oportunidad, «el Rosarito» a la Virgen, como solía decir cariñosamente, poniendo en manos de la Blanca Señora, la persona e intenciones del Papa, de su Diócesis, de todos aquellos que se encomendaban a su oración.

Fácilmente me imagino ahora a D. Rafael paseando por el cielo y de charla con sus santos favoritos de los que ya he citado algunos. Pero además de los mencionados, san José, del que era especialmente devoto y propagador; Agustín de Hipona, Rafael Arnaiz, Juan Pablo II, etc. Junto a otros muchos amigos todavía no canonizados como D. Marcelo, su paisano el trapense padre Damián, su querido D. Patricio, con nuestro D. Ilde, D. Fernando Rodríguez o el padre Berenguer... Seguro que D. Rafael no desaprovechará un solo instante de su vida nueva para interceder por todos aquellos a los que amó y sirvió como fiel amigo de Jesús, Buen Pastor. A Él elevamos nuestra oración por su eterno descanso. Que Aquel a quien hizo presente en la mesa de su Iglesia le haga gozar ahora y para siempre del banquete del cielo. Descanse en paz.

Una vida fecunda

Galería de imágenes de la vida pastoral de D. Rafael





Servir y servir, con amor y por amor

Reproducimos aquí la homilía de Mons. Palmero Ramos en la Misa celebrada en la Concatedral de San Nicolás el 23 de septiembre de 2012 con motivo del final de su ministerio episcopal en la Diócesis de Orihuela-Alicante, resumen de la ejemplar vida de servicio que desarrolló

En el Evangelio que hemos escuchado, nos recuerda S. Marcos que no cabía en la mente de algunos discípulos que seguían al Maestro, la idea de un Mesías que tuviera que padecer, para llegar un día a la gloria, pasando por la humillación de la kénosis y la muerte. Y discutían entre sí, como en tantas ocasiones, sobre los honores de la primacía dentro del grupo.

Jesús traza en ese momento una norma de vida, orientadora para sus seguidores de todos los tiempos: Quien sirva más y mejor, es decir, con más amor, ése será el primero. Todo discípulo de Jesús ha de cuidar, por tanto, con esmero, a ejemplo del Maestro, de los débiles, de los enfermos, de los pobres, de los excluidos. De todos, sí, pero con especial cuidado de quienes más lo necesitan. Y en este propósito, sí que puede haber grandes...

Quedémonos, por tanto hoy, con este mensaje, que actualiza nuestro Papa Benedicto XVI, con una formulación nueva: «Necesitamos el sol y la lluvia, la serenidad y la dificultad, las fases de purificación y de prueba, y también los tiempos de camino alegre con el Evangelio. Volviendo la mirada atrás, podemos dar gracias a Dios por ambas cosas: por las dificultades y las alegrías, por las horas oscuras y por aquellas felices. En las dos reconocemos la constante presencia de su amor, que nos lleva y nos sostiene siempre de nuevo (29.6.2011). En más de una ocasión, algún hermano o hermana me ha dicho en los años que hemos vivido juntos: ¡Qué frase tan provechosa de san Agustín nos ha ofrecido en su homilía! Así es, les he respondido, provechosa, porque tiene riqueza de contenido y porque sabemos que el Santo Obispo de Hipona ha vivido lo que en esta frase se dice.

Fiel a esta tradición, que también a mí me ha enriquecido, en esta Misa de Acción de gracias – queremos que sea Misa de acción de gracias, más que de despedida, puesto que seguiremos viéndonos-, comparto con todos vosotros, dos frases más de san Agustín, modelo de Obispos santos:

Esta es la primera: «Oh, Dios, que eres siempre el mismo; conóceme a mí y conózcate a ti» (Sol 2,1.1). ¿Por qué dice esto? Porque es siempre incompleto el conocimiento que cada uno tiene de sí mismo, y mucho más el que nosotros tenemos de Dios. De ahí la invitación a seguir mejorando, con esfuerzo y sacrificio y con luces de lo alto. Rezamos en el Oficio de Santa María Virgen: María, pureza en vuelo, /Virgen de Vírgenes, danos/ la gracia de ser humanos/ sin olvidarnos del cielo. Es bueno, por tanto, que sigamos pidiendo al Señor este favor, unos para los otros y cada cual para sí mismo. Seguimos unidos de esta manera en el camino, y estaremos juntos un día en el logro. Es



decir, caminaremos unidos en la tierra que pisamos, y nos encontraremos en la patria definitiva, por la que hoy soñamos. Con esta precisión a la vista, que señala el propio san Agustín: «Ninguna cosa buena se conoce perfectamente, que no sea perfectamente amada» (De div. quest. 83,35.2).

Segunda afirmación de san Agustín:

Refiriéndose a las obligaciones del Obispo y a las oraciones de los fieles en su favor, hablando a su pueblo, precisa el de Hipona: «El Obispo se sienta con la obligación de corregir a los inquietos, consolar a los pusilánimes, atender a los enfermos, corregir a los impugnadores, evitar a los insidiosos, enseñar a los ignorantes, animar a los perezosos,

cohibir a los discutidores, reprimir a los soberbios, pacificar a los litigantes, ayudar a los pobres, liberar a los oprimidos, probar a los buenos, tolerar a los malos y amar a todos» (Sermón, 340).

Puedo aseguraros, hermanos y hermanas, que sin haber estado pendiente en cada momento de estos objetivos, sí he tratado de moverme por esas vías, paralelas todas ellas como las del ferrocarril, y he querido servir y ayudar siempre a todos del mejor modo posible. También he palpado, cómo no, vuestra oración y vuestra obediencia, por lo que estoy contento en este momento. Y doy gracias a Dios con vosotros. Haberos servido así, con amor y por amor, ha sido más provechoso, sin duda alguna, que el haberos presidido. Presidimos, si servimos...

Termino con una confidencia: materia apta para el sacrificio de la Eucaristía que celebramos es el pan y el vino. También lo es el ofrecimiento de nuestras vidas, regalo de Dios, con la colaboración de nuestros padres. Pues bien, con el Obispo don Marcelo González, que me impuso las manos hace 24 años en la Catedral de Toledo, repito en este momento en nombre y a favor de todos, las frases con que él rezaba en sus años de merecido descanso, es decir, estando ya jubilado:

«Oh, Jesús, Amado Jesús, Hijo de Dios, hermano de los hombres, Redentor de la humanidad! Estoy contento de haberte ofrecido mi vida porque tú me llamaste... Recíbela en tus manos como fruto de la humilde tierra, como si fuera un poco del pan y del vino de la Misa; y preséntala al Padre, para que Él la bendiga y la haga digna de habitar junto a tu infinita belleza, perdonando mis faltas y pecados, cantando eternamente tu alabanza, lleno mi ser del gozo inefable de tu Espíritu».

Seguiré repitiendo esta oración cada día, hasta que Dios quiera. A vosotros os pido que digáis mi nombre a la Señora –para la que nada hay difícil- y me ayudéis con palabras de estímulo, de empuje, de ayuda, de sintonía espiritual. La fe que nos une en este momento, la caridad y la esperanza que compartimos seguirán estrechándonos siempre. Es la fe que brota del amor de Cristo, pan vivo y verdadero, pan partido y compartido en la Eucaristía de cada día.

Nada más hoy. Mi gratitud sincera a todos: Autoridades y pueblo. Sacerdotes, vida consagrada y fieles seculares. Os llevo en el corazón. Aquí y donde el Señor quiera que esté. Os encomiendo y encomendaré, con fraternal afecto y con profunda devoción a Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra. Querred al nuevo Obispo tanto como me habéis querido a mí y, si es posible, más todavía. Virgen del Remedio, ruega por todos y cada uno de los que estamos aquí y por todos los diocesanos.

Gracias, D. Rafael

El próximo sábado, 13 de marzo, a las 10:00 h en la S.I. Catedral de Orihuela, el Sr. Obispo presidirá la eucaristía por el eterno descanso de D. Rafael

Galería de imágenes del funeral de D. Rafael en la Concatedral de San Nicolas de Alicante

